



Cincuenta años después

Fifty years later

Julio de Santa Ana*

Resumen

El artículo sitúa su reflexión en el tema del ecumenismo, relacionándolo con las propuestas de *aggiornamento* expresadas por el Vaticano II. Hace también alusión al ámbito de las mudanzas en el seno del protestantismo, de las Iglesias ortodoxas e incluso del cristianismo romano. Además alude a los grandes nombres que trazaron la reflexión teológica en el período de crisis que antecedió al evento –hablamos de aspectos que acabaron incidiendo en los debates conciliares. Siguiendo a Gutiérrez, el artículo destaca tres dimensiones relativas a la búsqueda del diálogo de la Iglesia con el mundo contemporáneo: la urgencia de ser actual, la perspectiva ecuménica y la solidaridad con los pobres. Analiza los “camino equivocados” que fueron adoptados por la Iglesia en lo concerniente a las propuestas ecuménicas del Concilio: el tomar un “excesivo cuidado” en lo que respecta al mundo moderno, las posiciones de intolerância frente a lo diferente, la comprensión reduccionista del ecumenismo. Hace mención a la exigência de construir relaciones que tengan como bases: la gracia y el amor. Por último, propone la tesis de que “no puede existir un sentido del diálogo, un encuentro entre los seres diferentes, sin la libertad”.

Palabras-clave: Iglesia. Vaticano II. Ecumenismo. Diálogo inter-religioso.

Abstract

This article focuses its discussion on the theme of ecumenism, in relation to the catholic proposal of *aggiornamento* expressed by Vatican II. The text refers to the changes within the Protestantism, the Orthodox churches and also within the Roman Christianity. It also mentions the relevant names that marked theological reflection in those times of crisis prior to the Council. Following the author's thought, the text highlights three dimensions of the dialogue of the Church with the contemporary world: the urgency in getting things update, the ecumenical perspective and the solidarity with the poor. The article evaluates the "wrong path" taken by the Church in relation to the propositions of the ecumenical council: attitudes of intolerance to the different and the reductionist understanding of ecumenism. It also refers to the need to build relationships whose bases are the grace and love. The article finally expresses the following thesis: "there cannot be a sense of dialogue among different beings without freedom."

Keywords: Church. Vatican II. Ecumenism. Inter-religious Dialogue.

Artigo publicado no Mutirão (*Minga*) Temático de Revistas Latino-americanas, organizado pela parceria Koinonia/ASETT (Associação Ecumênica de Teólogos/as do Terceiro Mundo ASETT/EATWOT).

* Doutor em Ciências da Religião, teólogo uruguaio, ex-Sec. Geral do Movimento Igreja e Sociedade na A. Latina, ex-Diretor da Com. de Participação das Igrejas no Desenvolvimento, do Conselho Mundial de Igrejas; ex-Diretor do CESEP-SP e ex- Professor do Programa de Pós-Grad. em Ciências da Religião da UESP-SP. .

Introducción

El pasado 25 de enero se han cumplido 41 años desde que el antiguo Patriarca de Venecia (elegido Papa en octubre de 1958 por el Colegio de Cardenales de la Iglesia Católica Romana), decidió convocar un nuevo Concilio Ecuménico. El anterior tuvo lugar en 1870, mas fue interrumpido debido a la presión ejercida por las Fuerzas Armadas italianas. El anuncio del recién designado pontífice si es verdad que sorprendió a la mayoría de la curia romana, no obstante fue recibido con palabras de aprecio por parte de teólogos y laicos que deseaban una renovación del pensamiento católico romano. La crisis del pensamiento y de la cultura europea fue sometida a la dolorosa prueba de las dos guerras mundiales, que sacudieron los fundamentos de Occidente. Entre los teólogos protestantes adquirió fuerza un pensamiento renovador orientado por Karl Barth, Paul Tillich, Reinhold Niebuhr, Joseph Hromadka, Dietrich Bonhoeffer, entre otros. Tanto las Iglesias Ortodoxas como la nacionalista turca padecieron la revolución bolchevique (esta última fue dirigida por Kemal Ataturk). Ambas Iglesias promovieron transformaciones en términos de debates y dieron lugar al desarrollo de un nuevo pensamiento (en este último sentido autores como Boulgakov, Berdiaev, Evdokimov, fueron algunos de los intelectuales que más contribuyeron para que las iglesias despertaran ante la nueva situación en que se vivía). En las filas del catolicismo romano hubo grandes teólogos y laicos que, a pesar del contexto represivo y autoritario que prevalecía en la Iglesia de Roma durante esos años, apostaban por una renovación necesaria. Era el caso de Karl Rahner, Yves Congar, Henri de Lubac, entre otros.

La Curia Vaticana que hasta entonces venía siendo reducto de quienes se adherían a los esquemas de pensamiento heredados del Primer Concilio Vaticano, acabó siendo sorprendida. Este choque se explica, en parte, por las varias aclaraciones realizadas por el Papa Roncalli, que adoptó el nombre de Juan XXIII, y más aún por algunas de sus decisiones. El 25 de diciembre de 1961 éste emitió la constitución apostólica *Humanae Salutis*, y lo hizo con el fin de proponer orientaciones relativas a las reflexiones conciliares. El Papa Roncalli convocó el Concilio con el propósito de introducir “bocanadas de aire fresco” en la atmósfera de la Iglesia Católica Romana. Este decidió invitar a cristianos no

romanos como observadores permanentes. Estos acontecimientos tuvieron lugar en un breve período de tiempo. El 2º Concilio Vaticano fue inaugurado el 11 de octubre de 1962. El 13 de octubre tuvo lugar la primera sesión de trabajo.

El concilio suspendió sus debates el 8 de diciembre de 1962. Juan XXIII falleció el 3 de junio de 1963. En su lugar fue elegido Giovanni Batista Montini, Pablo VI, que había sido Secretario de Estado del Vaticano, antes de ocupar el cargo de Arzobispo de Milán. El 2º Concilio Vaticano pudo haber sido disuelto con la muerte del Papa que lo convocó. No obstante, Pablo VI – legido el 21 de junio de 1963 – anunció de inmediato la continuación del Concilio. Se trataba de una ratificación de la iniciativa de Juan XXIII que no fue bien acogida por el sector conservador de la Curia Vaticana. El 29 de septiembre de 1963, Pablo VI se dirigió a los Padres Conciliares y enfatizó el carácter pastoral del Concilio, que según su pensamiento debía dar atención a cuatro objetivos: Definir mejor la naturaleza de la Iglesia y la función de los obispos; Renovar la Iglesia; Restaurar la unidad entre todos los cristianos, e incluir la cuestión del perdón, siempre y cuando se hiciese mención a las iniciativas católico-romanas referentes al tema de la separación; Iniciar un diálogo con el mundo contemporáneo.

El 2º Concilio Vaticano, posteriormente a las sesiones de 1964 y 1965, culminó con su cuarto período. El tercer encuentro de los Padres Conciliares tuvo lugar entre el 14 de septiembre y el 21 de noviembre de 1964. Se trabajó con empeño en el Decreto sobre Ecumenismo (*Unitatis Redintegratio*), y en la Constitución Dogmática de la Iglesia (*Lumen Gentium*). Ambos documentos fueron aprobados y promulgados por Pablo VI. En la cuarta sesión se aprobaron la constitución pastoral sobre la Iglesia y el mundo moderno (*Gaudium et Spes*), y otros decretos relativos a la actividad misionera de la Iglesia. La importancia que los Padres Conciliares dieron al ecumenismo fue expresada, patentemente, cuando tuvo lugar el encuentro entre Pablo VI y el Patriarca de Constantinopla, Athenágoras (éste expresó el deseo de que se superara todo aquello que condujo al Gran Cisma de las Iglesias de Oriente y Occidente). Podemos hablar aquí de un gesto testimonial concerniente a la valentía que es propia de la fe y que no sólo mira al pasado, mas busca, sobre todo, plasmarse en proyectos que influyen en la historia y en el futuro.

1 En busca del diálogo y del entendimiento mutuo

En este escrito deseo referirme a las orientaciones asumidas por algunas tendencias que apuestan por el ecumenismo. Desde ya debemos subrayar que al referirnos al “ecumenismo” no hacemos mención a un aspecto unívoco de la realidad, más bien, al contrario, reconocemos la existencia de varias concepciones. Incluso, entre las varias líneas que orientan a quienes se involucran en actividades ecuménicas, pueden advertirse diversas afecciones que se desarrollan al mismo tiempo que surgen nuevos aspectos de la realidad histórica. José Oscar Beozzo, al referirse a la importancia del Concilio Vaticano II para la Iglesia Latinoamericana, con motivo de la celebración del vigésimo año de su clausura, recordó lo que el Pe. René Laurentin (“teólogo y cronista del Concilio”) hacía notar ya en 1966: “que una obra como fue el Concilio en algún momento habrá de superarse a sí misma”. (BEOZZO, 1985, p. 5) . También recordó las palabras del Cardenal Lercaro, quien señaló que la fecundidad de los documentos conciliares podrá constatarse a partir de nuevas dimensiones, dimensiones que, a su vez, darán cuenta de la actualidad insospechada presente en el texto original.

Gustavo Gutiérrez, en el pequeño libro organizado por el Pe. Beozzo, resalta tres dimensiones del Concilio, que de modo inevitable, se vieron afectadas por los cambios en la historia, y que requieren ser renovadas según las señales de los tiempos. Ellas son: la urgencia de ser actual, el “*aggiornamento*” necesario; la perspectiva ecuménica (que Gutiérrez entiende como parte del diálogo inter-religioso, no sólo entre cristianos que se adhieren a confesiones distintas); y la Iglesia de los pobres, que no puede estar separada de la historia de los pueblos del “Tercer Mundo” (cf. BARAÚNA, 1964, p. 7), y esto es debido no sólo porque “la Iglesia de la otra mitad del mundo” (cf. SANTA ANA, 1982) podría ser definida como la más inclusiva, social y económicamente, sino porque a los pobres (que son en la mayoría de la población de sus países), Jesús les prometió el Reino de Dios (Lc 6,20). Gutiérrez notó con claridad que los tres aspectos están estrechamente relacionados: hay una cultura moderna que se basa en las vivencias, valores y luchas de los sectores populares. Infelizmente, las iglesias, durante estos últimos treinta años se atrincheraron en el pasado; abandonaron, en gran parte, la actitud del riesgo que deriva de la asunción de la solidaridad con los pobres, y partieron de la presunción obstinada de que

podían ser pueblo de Dios sin la necesidad de abrirse y de vivir en medio de otras comunidades religiosas y culturales. Gutiérrez entiende, pertinentemente, que vivir *hic et nunc*, entrar en un mundo moderno y vivir de acuerdo con las exigencias que éste plantea, significa hablar de algo que va más allá del uso de la razón instrumental. Las burguesías de todo género tienden a hacer esto. Mas el proceso que se propone seguir una cultura moderna en términos de inclusión, sin duda, prioriza la práctica de las actitudes solidarias. Empleando conceptos teológicos que puedan equivaler a esta manera de ser modernos, seguidamente podemos decir que las relaciones entre los seres humanos, así como entre éstos y el mundo que nos rodea, son relaciones de *gracia* y de amor.

Esto vale para las otras dos dimensiones señaladas por Gutiérrez: el sentido de lo que llamábamos “movimiento ecuménico” y, sobre todo, la Iglesia de los pobres. Es decir, que una cultura moderna habrá de procurar alcanzar a todos, ya que el ecumenismo es para todos, y que esto se advierte cuando la comunidad de fieles se abre a los excluidos, quienes históricamente no dispusieron de voz ni de vez. La tarea misionera consigue expresarse cuando el mismo movimiento de Dios es el que impulsa y alienta los procesos de encarnación. Dios procura siempre el bien de los seres humanos y del mundo (Jn 3,16). En el amor de Dios se identifica un movimiento que busca servir a la vida, que desea confirmarla. En consecuencia, procurando reafirmar este movimiento de la gracia, el ecumenismo intenta que los pueblos puedan llegar a vivir relaciones de mutuo respeto y de solidaridad. Éste es un derecho de todos. Por eso, el movimiento ecuménico es de todos. Todavía esto podría decirse con otras palabras: todos somos ecuménicos, y lo somos según nuestro propio modo de ser (*sui generis*). Esto requiere que el tema de la “Iglesia de los pobres” sea entendido como primordial. No es un asunto separado, que pueda llegar a ser considerado como un capítulo aparte. Está presente en la manera de vivir la *missio Dei*, y en la forma de marchar por las sendas del ecumenismo.

2 Caminos errados

Cabe reconocer que en las trayectorias emprendidas a lo largo de estas cinco décadas que siguieron al 2º Concilio Vaticano, las iglesias se empeñaron en abrir espacios para que las tres vías indicadas por Gustavo Gutiérrez fueran transitadas. No obstante es

necesario advertir que no siempre éstas se orientaron de manera correcta. En primer lugar, al tomar en cuenta las culturas modernas de nuestro mundo actual, nos damos cuenta de que la mayoría de las iglesias, sobre todo aquéllas que tienen muchos “adherentes”, en el lapso de los últimos dos o tres decenios han multiplicado sus llamados en el sentido de guardar más distancias con el mundo moderno. Como ejemplos podemos traer aquí las muchas admoniciones de Benedicto XVI, las del Patriarca Kyril de la Iglesia Ortodoxa Rusa, las de varios preladados de la Iglesia de Inglaterra, las de Iglesias Escandinavas, las de autoridades del mismo Consejo Mundial de Iglesias, las de dirigentes de Iglesias Pentecostales, etc. En cada una de esas admoniciones pueden reconocerse derechos modernos de otras comunidades de fieles que se adhieren a creencias no cristianas, al mismo tiempo que (de manera elegante, por cierto) se las condena sin entrar en diálogo con ellas¹.

En segundo lugar, actitudes semejantes prevalecieron también entre instituciones eclesiásticas que han hecho una opción favorable por el movimiento ecuménico. Pueden constatarse, por ejemplo, entre las mismas, prácticas ecuménicas que pretenden ser correctas y que, al mismo tiempo, exigen la corrección de formas de ser manifiestas en otras comunidades. Es el caso de los que se presentan como “poseedores de la verdad”. Ocurre, muchas veces, que sus posiciones son rotuladas de intolerantes. En este tipo de situaciones, en las que se hace gala de esta manera de “ejercer el ecumenismo”, no se llega a ver éste como una senda, una vereda, por la cual nos lanzamos a caminar con el fin de ser más fieles a nuestra vocación. Muchas instituciones eclesiásticas no ven que el camino ecuménico es un proceso en el que se puede aprender a través del encuentro y del diálogo.

El 2º Concilio Vaticano, se lanzó por la vía de dar testimonio de comprensión, de apertura y de comunión; pero al mismo tiempo postuló un camino regresivo para alcanzar la unidad entre los cristianos: ¿Acaso no se puso por título “*Unitatis Redintegratio*” al Decreto sobre Ecumenismo? Si estamos llamados a reintegrar una unidad perdida, se entiende que el camino que habrá de seguir el movimiento ecuménico ya está definido. Por un lado, tiene que ser reafirmado; por otro, la reintegración de la unidad significará volver a encontrar una realidad perdida, lo que conllevará, inevitablemente, correcciones de comportamiento.

¹ Admito que la segunda parte de esta frase, seguida por una coma, se me presenta ambigua. La frase que venía a continuación la he eliminado ya que se trataba de una frase oscura y me parece que no afecta al párrafo. Le estoy proponiendo apenas una opinión personal.

No es posible desconocer que el llamado al arrepentimiento, la práctica de la *metanóia*, es un requerimiento radical para dar un mejor sentido a nuestro ser. Es algo que, en uno u otro momento, habremos de enfrentar. No obstante, cuando se llega a la convicción de que es necesario vivir ese “cambio de corazón”, esa transformación profunda de nuestro ser, advertiremos que en la gran mayoría de los casos, se trata de algo que no nos afecta solamente a nosotros. ¡Tiene que ver con toda una red de relaciones! El cambio que experimentamos muchas veces nos sitúa frente “a albuces y lances” azarosos en nuestra existencia. “Cuando pasamos por este tipo de experiencias, comprendemos que hace parte de nuestra vida y que está asociado a lo misterioso. De alguna manera, incluso cuando padecemos momentos que nos sorprenden, se puede llegar a vislumbrar el misterio de Dios.

Hay otras rutas en las que perdemos el sentido. Por ejemplo, cuando proclamamos que sólo a través de la repetición de actos litúrgicos, de la celebración correcta de la alabanza a Dios, nos es posible afirmar el sentido de la unidad. Sin darnos cuenta lo que proponemos es que el diálogo y el encuentro de quienes son diferentes deben someterse a la uniformidad del culto. Las formas de adoración, que para algunos pueden ser paradigmáticas, pasan a ser más importantes que el encuentro y la comunicación. Esta concepción de la unidad predomina entre algunas de las Iglesias Ortodoxas, y también aparece en aquellas otras Iglesias en las que se subrayan más los ritos que la novedad de vida que puede extraerse de los diálogos. Sin embargo, si es cierto que la formalidad de la adoración podría conducirnos a un sentimiento de unidad, no creo que sea esta la manera en la cual podamos abrir camino para llegar a lo que ciertamente nos puede unir.

3 Nel mezzo del camino...

Así comienza Dante Alighieri su *Divina Comedia*. Para muchos, cinco lustros marcan la mitad de la existencia. Hace cincuenta años el 2º Concilio Vaticano abrió las puertas a la esperanza. Parte de esas esperanzas comenzaron a despejar espacios y a enriquecer la vida de las comunidades de los fieles. Otras se quedaron como ilusiones que empezaron a florecer, mas poco tiempo después se marchitaron con el tiempo. De cualquier manera, nuevas sendas nos sorprendieron a muchos (y fue por medio de ellas que se manifestó la fuerza de la fe). Es el caso de lo que Pedro Casaldáliga, junto con otros, ha

llamado de *macroecumenismo*. Philip Potter, que ocupó el cargo de Secretario General del Consejo Mundial de Iglesias, afirmó que el movimiento ecuménico quiere construir una plataforma donde los pueblos puedan encontrarse y dialogar en posición de igualdad.

No pienso que el movimiento ecuménico haya pasado. Está en marcha (como se escribió cuando tuvo lugar la reunión de Fe y Constitución en Lovaina (1971), *Eppure se muove*). Un movimiento puede ir en una dirección o en otra. Puede, como ya hemos señalado, retroceder. Puede también escaparse hacia las galaxias. Para tratar de no perder el rumbo, pienso que la presencia del Evangelio del Reino en las formas de culturas modernas (que en nuestra época, en la que parecen predominar los pluralismos, se manifiestan en fenómenos tan difusos y difíciles de comprender como lo que actualmente llamamos “globalización”) inevitablemente tiene que plantear la promesa (que también es un mandato) de la “Iglesia de los pobres”. Como lo vio Gustavo Gutiérrez, los imperativos de las culturas modernas, el movimiento ecuménico y las comunidades que se ponen al servicio de los pobres, van juntos y no cabe desvincularlos.

¿Cómo vivir la tensión que traen estos imperativos? ¿Cómo ser fieles a la visión de Juan XXIII, al espíritu atento y cuidadoso de Pablo VI? Los dos pontífices romanos fueron hombres de la Biblia. Es suficiente leer sus escritos, antes de llegar al papado y durante el tiempo en que fueron Obispos de Roma, para comprender esto. Y entiendo que debo situarme en esta posición bíblica para continuar tratando de ser fiel a su visión evangélica, que tuvo una manifestación más clara en la celebración del 2º Concilio Vaticano. Entiendo que no hay, en la búsqueda de una guía bíblica, el deseo de elaborar una concepción paradigmática; no se trata de formular un nuevo tipo de fundamentalismo. Veo este hurgar en las Escrituras como el intento de hallar elementos que ayuden a no errar el sentido, esto es, a mantener el rumbo que propone vías de entendimiento y de comprensión entre los pueblos. Estos elementos no se encuentran solamente en los libros de la memoria judeocristiana; también están en otras tradiciones.

Cuando reflexiono acerca del testimonio de la presencia de las comunidades cristianas (los seguidores del movimiento de Jesús en nuestro tiempo) en nuestra realidad cultural, en el movimiento ecuménico y en el desafío de los pobres, debo reconocer que dos narraciones bíblicas me impresionan por su pertinencia. La primera es la historia de la torre de Babel (Gén 11,1-9). La otra es parte del libro de Los Hechos de los Apóstoles, que da

cuenta de lo ocurrido en Pentecostés (Hch 2,1-13). Nos referimos a dos narraciones que pueden ser abordadas particularmente. Pero también pueden ser leídas de manera conjunta. Escojo esta forma porque entiendo que existe una conexión entre ambas. Es esta correlación la que me interesa poner de relieve.

La historia de la torre de Babel es narrada inmediatamente después de que se cuente que los descendientes de Noé (Jafet, Cam y Sem) se establecieron en lugares diferentes, según familias y pueblos que ocupaban territorios diferentes. Algunos de los que sucedieron a Jafet fueron pueblos marítimos, que moraban en islas. Los que descendían de Cam y los de Sem “se ramificaron en naciones del mundo después del diluvio”. Lo que las Escrituras quiere comunicarnos puede resumirse con palabras simples: según lo que se indica en el capítulo 10 del libro del comienzo (*Génesis*), el orden sociopolítico y cultural después del diluvio mostraba la existencia de familias, pueblos, naciones y culturas distintas. La narración del capítulo 11 sorprende al lector, pues describe otra realidad: “El mundo entero hablaba la misma lengua con las mismas palabras” (Gén 11,1), afirmación que el Señor se hace a sí mismo: “Son un solo pueblo con una sola lengua” (Gén 11,5), agregando poco después: “Vamos a bajar y confundir su lengua, de modo que uno no entienda la lengua del prójimo” (11,7).

Dios se dispuso en contra de la decisión de quienes, al encontrar una llanura en Senaar, optaron por establecerse allí, construyendo una ciudad segura con una torre que llegase hasta el cielo. Lo que los hombres decidieron, según aquel relato, corresponde a lo que muchos que participan del ecumenismo contemporáneo desean: que exista orden en el mundo. Aspiraban a dejar una marca clara de su participación en el proceso histórico. Mas para conseguir esto no era necesario que se dispersasen por los cuatro puntos cardinales.

Esta búsqueda de orden y de unidad es lo que parece ser propio del movimiento ecuménico. Cuando previamente recordábamos el título del Decreto sobre Ecumenismo del 2º Concilio Vaticano (*Unitatis Redintegratio*) llevábamos en cuenta cómo se entiende a menudo la unidad: esta corresponde a una propuesta que ya define el orden que la hace posible. Siguiendo esta línea de pensamiento parece que somos obligados a concluir que el orden es imprescindible para mantener a los seres humanos unidos, porque solo si hay orden podrá haber unidad. Es evidente que la orientación autoritaria y conservadora se

puede deducir de este tipo de pensamiento. Tengo la convicción de que gran parte de lo que se comprende como ecumenismo sigue esta orientación.

Si la referencia de la narración de la torre de Babel fuera la única que cuenta como base del ecumenismo, estaría muy claro que no habría elementos evangélicos para sustentar el valor de este tipo de unidad. No en tanto, se trata de un planteamiento que permite solamente una enunciación de lo que es verdadero. Es la forma que ha tomado la inquisición por medio de todas sus expresiones.

Pero la comprensión del movimiento ecuménico cambia cuando confirmamos que no puede existir un sentido de diálogo, un encuentro entre seres diferentes, sin la libertad. Es precisamente lo que se pretende a partir de la narración que se hace de la historia de Pentecostés, en el Libro de los Hechos de los Apóstoles. Seguidores de Jesús de Nazaret, que oraban y compartían la fe en el Señor, experimentaron la presencia del Espíritu de Dios. Despojándose de lo que podía ser un cierto temor, o una timidez, todos estuvieron “lentos del Espíritu Santo y empezaron a hablar en diferentes lenguas, según el Espíritu les concedía expresarse” (Hch 2,4). Es una narración que tiene un sentido similar al de la historia de la torre de Babel: los seres humanos pertenecen a familias, pueblos y naciones que divergen entre sí. Una de las características del proceso de globalización que estamos viviendo radica justamente en que quienes poseen mayor poder, dentro de ese proceso, quieren imponer su visión del mundo y de la historia. Es lo que se entiende como “el pensamiento único”. No obstante, están los que se resisten y dan la cara a este modelo de voluntad de dominación. Hay en sus modos de existencia muchas cosas que divergen. Pero llegan a experimentar la fuerza de la libertad. Puede decirse esto con otras palabras: aspiran a ser libres. Algunos de manera consciente, muchos inconscientemente, en algún momento se empeñan en plasmar la libertad. Es cuando, sorprendente y misteriosamente, el Espíritu del Señor, el Espíritu de Jesús, los une y los lleva a vivir libremente: porque como ya escribió el apóstol Pablo, “ahora bien, ese Señor es el Espíritu, y donde hay Espíritu del Señor hay libertad” (2 Cor 3,17).

Conclusión

Puede concluirse, por tanto, que el movimiento ecuménico es aliento, fuerza animadora de los que se quieren libres. El camino que propone no es sólo para los que creen en el Señor. Es camino que “sólo se hace al andar; paso a paso, verso a verso”, como ya advertía el poeta español, Antonio Machado. No es camino que quiere imponer un orden o un modo de ser, muy al contrario, es camino que se orienta hacia la libertad.

Cuando pienso en lo que significa el 2º Concilio Vaticano, éstas son las cosas que vienen a mi mente.

REFERÊNCIAS

BEOZZO, José Oscar. **O Vaticano II e a Igreja Latino-Americana**. São Paulo: Paulinas, 1985.

BARAÚNA, G. **A Sagrada Liturgia renovada pelo Concílio**. Petrópolis: Vozes, 1964.

DOCUMENTOS DO CONCÍLIO ECUMÊNICO VATICANO II (1962-1965). São Paulo: Paulus, 1997.

SANTA ANA, Julio de. **L’Eglise de l’autre moitié du monde**. Lausanne : Ed. Favre, 1982.